

HACIA UNA NUEVA CONFIGURACIÓN SOCIAL
LOS NUEVOS PATRONES DEL EMPLEO
Y LA DISTRIBUCIÓN

*Disertación del Ing. Pablo M. Leclercq
en el Instituto de Ética y Política Económica de la
Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas,
el 18 de agosto de 2009*

HACIA UNA NUEVA CONFIGURACIÓN SOCIAL LOS NUEVOS PATRONES DEL EMPLEO Y LA DISTRIBUCIÓN

Por el ING. PABLO M. LECLERCQ

Introducción

Este trabajo expresa un esfuerzo más, que se suma a los tantos otros que se vienen realizando mucho más valiosos que éste, para entender el momento actual de la economía mundial, representando la entrada definitiva de la historia económica a una nueva etapa a la que el mundo ya ha comenzado a ingresar a tientos hace un par de décadas. La actual crisis podría representar el *ticket* de entrada definitivo a ella. Se trata de una crisis del capitalismo con algunas características propias:

No hubo un proceso previo visible de los factores que iban a desencadenar la crisis. Como en la del 29, su desenlace fue explosivo y siguió a una etapa de prosperidad previa extraordinaria. No como la crisis de los 1970/80 en donde el deterioro fue gradual, parecido a una muerte lenta por vejez del sistema. En ésta, como en la del 29, fue por demasiada vitalidad que, por sus excesos,

terminó en un atracón. No es, por lo tanto, una crisis terminal del capitalismo, como bien lo pudo haber sido la de la década del 70, sino una crisis de reestructuración del mismo, precursor de una nueva onda larga de expansión.

El desarrollo que comenzará después de la crisis, será en parte obra de hombres nuevos; hay muchas esperanzas de que los valores antiguos se entierren para siempre. Prevalece el clima de esperanza y no el de terror de los años treinta, cuando el mundo tenía un horizonte tumultuoso, no sólo en lo económico sino también en lo político, premonitor de las atrocidades de una guerra mundial inminente. Ni de cansancio del sistema que libraba su última batalla antes de su extinción, como lo fue la crisis del 70/80. No hay estanflación, los márgenes de ganancias empresarias siguen siendo atractivos. No sólo no se agotaron los elementos teóricos de la ciencia económica para afrontarlo, sino que más bien parecen sobrar. Se da en coincidencia con el período de consolidación de innovaciones drásticas en la tecnología. Esas innovaciones ya materializadas, serán seguidas por toda una cadena de otras nuevas, sobre todo, en forma inmediata, en el sector de la energía y del medio ambiente. Está condicionado por un proceso de cambio en la configuración social, por lo que lo más probable es que la crisis sea un acelerador de ese cambio en un contexto de concientización cada vez más alto en todos los sectores sociales, sobre la inmoralidad que representan la pobreza y la indigencia.

Schumpeter explica las crisis como un nuevo auge que sucede a la depresión cuando se hubiere terminado el proceso de reabsorción de las innovaciones. Percibía el desarrollo del capitalismo de una manera discontinua, con retrocesos, tropiezos, rupturas, obstrucciones e interrupciones, y no de manera continua e ininterrumpida. Definía una crisis como el proceso por el cual la vida económica se adapta a las nuevas condiciones, y hace suya la afirmación del francés Clement Juglar de que la única causa de la depresión es la prosperidad.

La Argentina se caracterizó desde hace casi siete décadas en observar un marcado asincronismo con los ciclos largos de la economía mundial, y en este aspecto, quizás, haya que encontrar una de las causas principales de esta onda larga de decadencia que, precisamente en este período, acusa nuestra sociedad en su desempeño político y económico. En este aspecto la Argentina se ha constituido en el caso más inexplicable de la historia económica contemporánea. Habiendo alcanzado la etapa de la madurez en la adopción de políticas de Estado a largo plazo, en sintonía con el mundo avanzado, cien años antes que Europa, en el momento histórico que ésta llegó a esa instancia, después de la segunda guerra mundial, nuestro país comenzó a recorrer el camino inverso, de espaldas al progreso del mundo. Se cierra al mundo cuando el mundo se abre. Se lanza al socialismo revolucionario subversivo, cuando en el mundo el socialismo ya lo descarta. Aun hoy, todavía hesita. Vuelve hacia tecnologías obsoletas, desandando un camino de actualización tecnológica iniciado en la década del 90. Desconoce el significado del capital humano como factor determinante del desarrollo, desconocimiento que se refleja en los planes educativos aplicados y en el desvío de fondos públicos focalizados con fines clientelares para consolidar el poder político, No entiende la institucionalización a la que interpreta como un lujo que se pueden dar los países desarrollados. La palabra de mayor uso en la política argentina es “gobernabilidad”, que, en el fondo, significa prescindir de las instituciones. Precisamente tecnología, capital humano e institucionalidad son los tres pilares básicos de la expansión económica mundial de onda larga que arrancó hace dos o tres décadas.

Para retomar ese proceso de construcción, será de crucial importancia recomponer una gramática actualizada de la política. La filosofía contemporánea erige al lenguaje en constructor de realidades. Se hace necesario, entonces, instalar una propedéutica que es propia de ámbitos académicos y universitarios, ajenos a la lucha agonal, para darle paso a la arquitectura política.

La causa de la pobreza argentina, denunciada por la Iglesia, es la ausencia de ese lenguaje en el ámbito de la política local, totalmente desconectada no ya de los países más desarrollados del mundo, sino hasta de nuestros vecinos. Todo lo que se haga de espaldas a la realidad del mundo del progreso, en el que hoy, más que nunca, existen convergencias manifiestas entre corrientes intelectuales muy distanciadas hasta hace poco, se estrellará en el fracaso, por buenas intenciones que las acompañen.

Los intereses existen. Malo fuera que no existieran. No se puede entonces pecar de infantilismo conceptual pretendiendo que, antes de iniciar acciones progresistas, se tenga que derribar intereses cuya única consecuencia sería el reemplazo por nuevos intereses. Las demoras que estas actitudes políticas necesariamente conllevan, tienen una alta carga de inmoralidad toda vez que significan seguir sin soluciones para problemas impostergables como lo son la pobreza, la indigencia, la droga y la destrucción de la familia o sea la destrucción de la sociedad.

La metodología de esta reflexión es el análisis histórico

La sociología adoptó del psicoanálisis el concepto de inconsciente colectivo. Las sociedades también tienen un inconsciente que pueden estimular o perturbar su vida y su desarrollo. Uno de los atributos de una nación y condición necesaria para constituir una unidad política, es tener una historia común, aceptada por la gran mayoría de sus ciudadanos. La historia es, por lo tanto, una hermenéutica vital para asegurar la cohesión social y el buen funcionamiento de la sociedad. Como en tantos otros aspectos, la Argentina se encariñó con su costumbre de destruir su historia.

La historia de la economía, en particular, ha venido adquiriendo cada vez más importancia, al punto de hacerle decir a Schumpeter que la economía es la historia de la economía.

Como en todo proceso de maduración la sociedad debe “desprenderse” de sus tuteladas ideológicas para poder analizar con objetividad lo que puede servir y lo que ya no sirve. Esa es tarea de las academias y de las universidades. El rescate de los aspectos positivos y el descarte de los negativos es una tarea científica y académica. Esto no significa denostar aquello que hoy no sirve, porque podría llegar a servir en otra circunstancia. Weber plantea este problema, como heteronomía. Nada es bueno del todo, ni malo del todo. Por eso es bueno el análisis de los hechos tal como son y en su circunstancia. Siempre, en todos ellos, hay un *trade of*, es decir un canje entre algo malo por algo bueno, o en otros términos, un costo contra un beneficio, cuya esencia se hace necesario extraer y analizar poniendo el foco desde la posición del que la defiende, más cuando esa posición no sea la propia. Este es el método crítico que corresponde al pensamiento académico.

El análisis de los hechos históricos útiles a la economía, presenta una profunda imbricación con la filosofía política y la sociología. En esos ámbitos interactúan en forma constante los hombres de ideas y las sociedades. Los primeros interpretan a las segundas y el material analítico y teórico que surge permite establecer la existencia de los sistemas políticos, sociales y económicos como unidades conceptuales. A su vez, este material teórico, se incorpora al acervo de las sociedades, las que adaptan su desempeño en función de lo que hayan interpretado de ese material. Es la formación de los paradigmas.

La espiral de las ideas y de las políticas continúa su incesante curso. El proceso de aprendizaje es un elemento clave de la evolución de la política y de las sociedades. La realidad específica, es la que determina la expiración o reaparición, en un nivel superior de la espiral, de nuevas teorías, políticas y realidades sociales.

Esto es lo que sucede en aquellas sociedades que avanzan. En las que han incorporado una dinámica de contradicción inteligente.

El empleo

El empleo asalariado formal se constituyó, a partir de la configuración social¹ que surgió de la revolución industrial, en la columna vertebral del subsistema de distribución del ingreso. La nueva configuración² en ciernes, está y estará caracterizada por tres tendencias, a saber: la modificación de los modos de producción debido a las innovaciones drásticas³, la intensificación del sector de los servicios en la estructura del empleo y la pérdida relativa del empleo asalariado formal en el total del empleo.

Esta nueva configuración está teniendo y tendrá un profundo impacto en las clásicas estrategias desarrollistas de los países periféricos, que comenzarán a orientar sus políticas de empleo, no ya en función de tácticas proteccionistas para el desarrollo de las industrias pesadas y livianas o manufactureras, sino en estrategias aperturistas e integracionistas que les permitan salir a vender todo tipo de servicios en los mercados globales.

Las actividades de los sectores primario y secundario, como así todos aquellos productos derivados o integrados en su cadena de valor, se consolidarán solamente en aquellos países o regiones

¹ Adoptamos para esta expresión el sentido que le da el sociólogo contemporáneo alemán, Norbert Eliás, de la escuela de Frankfurt.

² El anterior cambio de configuración se dio, como consecuencia de la Revolución Francesa, cuando se pasa del Ancien Régime al Nouveau Régime. En la terminología de Eliás el entramado social de Francia era el mismo en el Ancien y en el Nouveau Régime. Lo que cambió fue la configuración social.

³ Definida por Schumpeter como aquellas innovaciones que inducen cambios de la función de producción. Tal serían: el motor de vapor, la electricidad, el motor de combustión interna, la computación, internet, láseres, cambios organizacionales, etc.

que presenten claras ventajas competitivas de localización o que por razones históricas ya posean una infraestructura desarrollada para seguir manteniendo la ventaja, como sería el caso de nuestro sector agro-alimentario-industrial. Para estas actividades no hace falta protección alguna. La globalización del mundo, producto de estos nuevos lineamientos estratégicos, se presentará como una tendencia pesada irreversible.

El valor moral de lo innecesario

La necesidad actual que una sociedad tiene de generar empleo no se compadece con la noción tradicional de la moral del trabajo. El trabajo, para esta concepción, originariamente se vincula al esfuerzo físico o manual y, subsidiariamente, al trabajo de escritorio y al cumplimiento de una obligación horaria, cuyo ejercicio acumulado termina en un producto “necesario” para la sociedad.

Para la cultura tradicional, cuanto más cerca está ese producto de un bien o de un servicio considerado necesario, mayor valor moral tiene el trabajo aplicado a la producción de ese bien. En la actualidad, la inmensa mayoría de las cosas que se encuentran en las góndolas de los supermercados constituyen una oferta superflua, en términos de lo que se considera necesario para la supervivencia. Sin embargo son necesarias para generar el empleo que permita la supervivencia

El problema crucial de la economía moderna es el empleo. No la oferta de bienes y servicios, ni su calidad. El empleo es el elemento aglutinante de la familia y ésta es la célula básica de la sociedad. Lo contrario de lo que sucedía en las sociedades preindustriales tradicionales en las que nadie estaba desempleado.

Donde todos tenían algo que hacer. Es decir no había problemas de falta de empleo. Lo que había era faltante de oferta de bienes y servicios suficientes para sobrevivir.

El problema de las sociedades modernas no es el trabajo para producir la oferta indispensable, sino el empleo indispensable que se sostiene, además, con la producción “innecesaria”, o así considerada por la crítica al consumismo como “no valor”. Esta distinción, no es inocua, es estructural y fundamental para entender el funcionamiento de la sociedad actual y sobre todo la futura.

El signo de los nuevos tiempos, a partir de la revolución industrial, fue la innovación tecnológica. Como consecuencia de ello el aumento de la productividad. A partir de allí la buena noticia fue el aumento de los salarios y la mala, el desempleo. Si la vida humana no fuese un valor, asimilando la sociedad a un organismo biológico, los desempleados serían como las células muertas expulsadas en el proceso evolutivo hasta la desaparición del órgano sobrante constituido por ellas, que ya no sirve, como por ejemplo sucedió en el hombre con la cola de su antecesor, el mono. Pero resulta que el hombre tiene valor, aun cuando no sirva para producir aquello que es considerado necesario. Entonces debe ser preservado. A la cola del mono, puesta en el hombre, hay que darle una nueva función que, aunque no sirva para colgarse de una rama, por lo menos se transforme en un adorno suntuario demandado.

El aumento de los ingresos individuales de las nuevas clases medias que genera el sistema capitalista con su libertad de elección, sumada a la frivolidad de la moda, la inundación de la información y la superficialidad y globalización de las costumbres, han producido ese hecho social, llamado consumismo, del que se derivó el “efecto demostración”. Ese efecto demostración viene produciendo los milagros económicos más fenomenales de la época. Primero la segunda revolución rusa acaecida a fines de la década de 1980 y ahora las revoluciones China e India.

En la misma medida que el sujeto humano fue quedando desempleado, producto de esa perturbación que es la tecnología y la productividad, fueron aumentando los ingresos de una clase media advenediza y como tal, superficial, que generó todo tipo de demandas de bienes y servicios inútiles en los términos de cierta axiología. Esta nueva clase con excedentes de ahorro y potencialmente consumidora despertó la codicia y la imaginación de una gran cantidad de empresarios de todas las dimensiones que, siguiendo, sin saberlo, a Jean Baptiste Say⁴, arrojaron masivamente al mercado todo tipo de productos “inútiles” que rápidamente, publicidad mediante, se transformaron en productos indispensables para vivir. Más recientemente, a esta dinámica de crecimiento, que inspiraron las *reaganomics*, se la llamó *supply side*. Pero he aquí que fueron precisamente esas demandas las que iniciaron un proceso aún inacabado de salvataje social de los sectores condenados por el aumento de la productividad a una exclusión segura, de no haber sido por aquél proceso.

Volvamos entonces al principio

El concepto de distribución equitativa está vinculado a la existencia del empleo para todos en el entramado social, puesto que es el empleo el que genera la alícuota de reparto de la torta del ingreso a cada individuo. Para ello es necesario entender dónde están las fuentes de su creación.

Simplificando el modelo de análisis, aceptemos que el desempleo es consecuencia de un nuevo campo generado por una fuerza social destructora de empleo y que esta fuerza es la inno-

⁴ La ley de Say, economista clásico del siglo XVIII, establece que la oferta crea su propia demanda.

vación tecnológica y el aumento de la productividad consecuente. Esta simplificación en el análisis de la distribución equitativa, está dejando por ahora de lado el *quantum* de la remuneración del trabajo, los bienes públicos, el gasto social, la imposición progresiva y el conjunto de factores económicos cíclicos, con origen en causas endógenas o exógenas. En definitiva casi todas estas dimensiones de la distribución son accesorias al empleo y en gran medida no son usufructuables sin aquél.

El empleo que puede crear la sociedad actual no es el del músculo para fabricar cosas básicas de supervivencia, que inexorablemente está en extinción debido a la tecnología, sino el empleo que nace en el conocimiento y la creatividad que proporciona la inteligencia, para identificar contenidos que justifiquen nuevos empleos. Está en la generación de nuevas ofertas que, por Say, generan nuevas demandas, consideradas como superfluas. De allí que la forma de generar nuevo empleo sea la educación, que deberá cumplir con este papel básico adaptándose a esta nueva realidad.

Marx nos enseñó que fue la desvinculación del hombre de su herramienta manual, de la que fue despojado⁵, el inicio de la etapa capitalista. Esas herramientas se centralizaron en la fábrica de los albores de la revolución industrial y se transformaron en la máquina que fue apropiada por los burgueses con la riqueza que habían obtenido en la etapa de acumulación previa. Así nacieron las nuevas clases sociales del capitalismo, deshumanizando y alienando a la clase trabajadora. La solución propuesta sería la revolución proletaria que colectivizara a la herramienta acumulada, llamada capital. Su prédica derivó en los intentos más atroces de la historia del siglo XX, rescatados por el capitalismo con su efecto demostración, a fines del mismo siglo, gran generador de derroche en cosas innecesarias.

⁵ Este despojo no fue coercitivo, sino voluntario. Esto ha provocado diferencias entre historiadores de la economía, entre los que sostienen que hubo una degradación en la calidad de vida de los hombres a partir de este proceso y los que sostienen que hubo un mejoramiento de la misma.

La continuidad ideológica de la alienación, una vez que en las sociedades modernas va desapareciendo la explotación clasista del obrero y la propiedad se atomiza, se traslada al consumismo, que es, para “la nueva revolución” de la izquierda radicalizada, la actual forma de la alienación, no ya de la clase obrera, sino de las clases medias ascendentes, que Tony Negri y Michael Hard, llaman “*Multitud*”, y son afines a los autodenominados intelectuales de Carta Abierta, donde nutre su discurso nuestra pareja gobernante,

La visión packardiana del veneno publicitario, como el nuevo método de la conspiración capitalista contra el hombre, que los nuevos radicalismos le adjudican a las corporaciones multinacionales, no advierte que eso que denuncian es el recurso que tiene la sociedad para defenderse del peor flagelo contemporáneo, que es el desempleo, principal responsable de todas las desigualdades y degradaciones sociales. Es cierto que el proceso muestra una pérdida de calidad en los gustos y en los valores. Pero esa pérdida es relativa porque lo es sólo para los sectores intelectual y espiritualmente más refinados, con el estómago lleno. No lo es para aquellos sectores que están entrando al ruedo de la economía, como las clases en ascenso. Será la educación la que mejorará los gustos y los valores y con ello la calidad de la oferta. Porque, en definitiva, la oferta es el reflejo del hombre.

Los nuevos formatos del empleo y de la distribución

En el punto anterior, “el valor moral de lo innecesario”, traté de poner de relieve un fenómeno que, a mi juicio, está en el centro del problema socio-económico que se plantea y planteará el siglo XXI. Esto es la sustitución progresiva del empleo en la forma en que se desarrolló dentro de la estructura que surgió en el siglo XIX

y prevaleció casi todo el siglo XX, como la columna de sostén del mecanismo de distribución del ingreso.

Los clásicos del siglo XIX, ante el crecimiento demográfico que se verificaba a partir de la revolución industrial, preveían la crisis de la falta de alimentos como consecuencia de la rigidez de su oferta, derivada de la ley de los rendimientos decrecientes, frente a la demanda creciente de una población en peligroso aumento. Ricardo, primero y luego Malthus fueron sus expositores. Sin embargo, la productividad creció más rápido que la población y nos encontramos en un siglo XXI en el que la economía mundial y la producción de alimentos podrían, potencialmente, superar en mucho, todas las necesidades básicas del género humano. El problema no es, como lo temían en el siglo XIX, la escasez relativa de la oferta o la producción, que es más que suficiente, sino que su distribución no llegue a todos.

El mecanismo de distribución previsto por la economía clásica era el empleo formal o informal, dependiente o independiente, como empleado o como empresario, pero empleo al fin, en el que todos los hombres, a través del elemento regulador del mercado, encontraban una ubicación en el sistema que les permitiera tomar una parte de la producción con el ingreso dinerario que le habilitaba ese empleo. El subsidio al desempleo que, eventualmente pudiera otorgar el Estado, no era más que un sustituto transitorio de ajuste hacia una supuesta situación de equilibrio en la que, finalmente, el mercado necesariamente restituía el empleo. O en el caso de los beneficios sociales a cargo del Estado, un complemento de esa columna vertebral que era el empleo en su etapa activa. ¿Qué sucede entonces cuando, como muestra cierta tendencia, los empleos disponibles en la economía no alcanzan para que todos tengan una ubicación que les justifique un ingreso y, a través de él, una participación en los beneficios monetarios de la producción?

Para Durkheim, era la división del trabajo y las relaciones laborales derivadas de esa especialización, la que reemplazaba a la

tradicional forma de cohesión social, que él llamó de solidaridad mecánica, por la de solidaridad orgánica, típica del nuevo esquema capitalista. La *configuración social* pasaba a estar determinada por las relaciones laborales que se daban en un sistema de organizaciones o empresas que iban conteniendo a los individuos dentro del sistema de distribución como un sistema en permanente desequilibrio a medida que aumentaba la productividad. Este sistema, regulado por el Estado, con la participación de las organizaciones sindicales y los sectores patronales, arbitraba la distribución entre salarios y demás beneficios laborales y las utilidades empresarias.

En las últimas décadas, la restitución del empleo destruido por el aumento de la productividad industrial estuvo dada por un notable aumento relativo de empleos en el sector de servicios, fundamentalmente como trabajadores independientes, y esa tendencia se acentuará en los próximos años en las sociedades más evolucionadas en la misma medida que se destruye el empleo en el sector industrial.

Podríamos, a los efectos de nuestro análisis, considerar tres etapas históricas bien definidas.

La primera, antes de la revolución industrial, en épocas diferentes según los países, en donde la cohesión social era, según Durkheim, de tipo mecánica, originada en factores religiosos, nacionales o de comunidades regionales y la producción era fundamentalmente rural. La producción industrial era artesanal y a domicilio. En esta etapa, el problema no era el desempleo que de hecho no se conocía como tal porque todo el mundo tenía algo que hacer, ocupado en alguna actividad, con un importante componente de autoconsumo. El problema real era la falta de producción suficiente como para vivir sin penurias y sin hambre en el propio terruño o aldea, donde vivía el 80% ó 90% del total de la población. El desempleo es una consecuencia de la división del trabajo que se produce en la etapa posterior.

La segunda, que se inicia con la revolución industrial, en la que se acentúa al extremo la división del trabajo, se concentra la producción que se desplaza a la fábrica o a las explotaciones mineras alrededor de las cuales nacen ciudades. Luego viene la empresa, sociedad o corporación en los centros urbanos, que siguiendo el mismo criterio de centralización y organización de la industria comienza a concentrar las actividades comerciales y de servicios. El principal origen de todo concepto de organización era la organización militar. Aparece el empleo con la categoría social y económica del asalariado. Siguiendo con la tipología de Durkheim, la nueva forma de la cohesión social en esta etapa es de tipo orgánica y se asienta en las relaciones laborales, más débil que la de la etapa anterior. Con el impulso del taylorismo, el fordismo y las ciencias de la organización viene el salto de la productividad cuya tasa de crecimiento va en aumento. El volumen de la producción se acelera en todos los sectores, con un fuerte desplazamiento de la población rural a los centros urbanos.

De la nueva configuración social resultante aparece por primera vez el fenómeno del desempleo. Las teorías neoclásicas de equilibrio general del tipo de Marshall o de Walras, estilizadas con el óptimo de Pareto, suponían un restablecimiento automático del pleno empleo con los mecanismos del mercado. Después de la gran crisis de 1930 surge Keynes y sus políticas anticíclicas, que presuponen una intervención activa del gobierno en la economía. Keynes, que aceptaba los principios liberales, no los veía operativos en el corto plazo. De allí su conocida afirmación que “en el largo plazo estamos todos muertos”. Pero en definitiva, el empleo que nace con la revolución industrial, mantiene su característica de sostén fundamental del mecanismo de distribución del ingreso que impulsa el consumo, el ahorro, la inversión y el nuevo ingreso y consecuentemente, la distribución de los bienes y servicios. La división del trabajo y la especialización, dejaban atrás, productivi-

dad en aumento mediante, los temores sobre la falta de alimentos⁶, pero emergía un nuevo fantasma, el desempleo o el paro como se lo llamó al principio, resultado de las fluctuaciones en el circuito económico.

La tercera etapa, en ciernes desde hace un par de décadas, se presenta con una característica diferente respecto del rol del empleo en su forma de la segunda etapa. Por tratarse de un fenómeno en sus comienzos, no se está en condiciones todavía de tratarlo sino como una prospección. Las características más o menos previsibles son:

- La reindustrialización es sobre nuevas bases productivas y contractuales. La desindustrialización y el desarrollo del sector servicios impactará en la situación de los trabajadores y su relación con la empresa. El sindicalismo disminuirá su papel fundamental de la etapa anterior, caracterizado por sindicatos nacionales en las ramas básicas y en el sector público. Es más fácil la sindicalización con base en la industria centralizada y rígida. Es más difícil la organización laboral bajo las condiciones de los nuevos métodos de administración toyotista y de flexibilidad laboral, sobre todo, en el sector servicios.
- Al igual de lo sucedido con el advenimiento de la revolución industrial habrá una entrada asincrónica y progresiva de los distintos países, donde los más desarrollados guiarán el proceso de los demás países y cuya duración no será corta.
- El reemplazo del empleo en su forma actual por la futura, se caracterizará por una clara primacía del sector de los servicios, donde la concentración en grandes empresas

⁶ Las ollas populares de la gran crisis en las ciudades norteamericanas grafica que no faltaban alimentos, sino que no llegaban a los hogares. En la etapa precapitalista, frente a la hambruna, no hubiera sido posible improvisar ollas populares porque, simplemente, no había alimentos para llenarlas.

coexistirá y será competitiva con una estructura mucho más descentralizada y hasta atomizada. La industria perderá total relevancia como generadora de empleos.

- Lo anterior se verá fundamentalmente impulsado por estructuras públicas y privadas que funcionarán en red, como sistemas de apoyo a los trabajadores domiciliarios o independientes atomizados, estimulados además por las tareas globales en tiempo real dentro de la nube o “*crowd computer*”.
- La creatividad individual se generalizará hacia estamentos descendentes de la escala laboral, por contraste con lo que ocurría en la segunda etapa en donde la creatividad se concentraba hacia arriba en la figura del clásico empresario innovador schumpeteriano. La complementación de conocimientos diversos se intensificará cada vez más entre individuos aislados, al margen de la gran empresa, asistidos por la gran red.
- Se producirá un regreso al trabajo domiciliario con sus consecuencias favorables en la descentralización urbana, las infraestructuras de transporte y el ahorro de energía.

Al igual de lo sucedido en la primera revolución industrial, el problema de la energía jugará un rol central. En esa primera etapa el problema fue el reemplazo de ciertas energías de muy baja eficiencia, como la del músculo humano o animal, a las de alta eficiencia basadas en la transformación mecánica o química de las distintas formas de energía. En la etapa que se inicia, el problema será el del reemplazo de las energías nocivas al medio ambiente por nuevas energías renovables e inofensivas. La carrera de la tecnología se acelerará en todos los frentes, como consecuencia de la intensificación de las inversiones en investigación y desarrollo (I&D).

Síntesis

De un mundo sin desempleo y muy baja productividad, con deficiencias en la oferta suficiente de alimentos antes de la revolución industrial, se pasó, una vez iniciada ésta, a otro de productividad en permanente aumento con niveles progresivamente mayores de producción y recurrentes problemas de desempleo cíclico, para llegar, al día de hoy, a un sistema global con exceso de oferta de bienes y servicios y una tendencia a la destrucción del empleo asalariado de la segunda etapa. Aquí es donde la creatividad atomizada para nuevas ofertas de servicios, por afuera del sistema de asalariados en las empresas, está probando su capacidad para compensar la pérdida de empleos en el sector industrial. Paradójicamente la economía de la abundancia en la que derivó el proceso de la revolución industrial con su extraordinario aumento de la productividad, ha dejado sin empleo a un hombre limitado por la especialización, al que la empresa de la segunda etapa lo había moldeado o, en un extremo, lo había inutilizado frente al cambio.

El gran desafío de la economía y de la educación será el de la transición de un formato de distribución basado en el empleo asalariado, sustentado fundamentalmente en el sector de las industrias, a otro nuevo, sustentado en ese cada vez más impreciso sector de los servicios, de baja reputación entre los abanderados de “la producción”, cuyas características están en su etapa embrionaria. Todo se presenta como si la actual crisis mundial estuviese consolidando el inicio histórico de esta tercera etapa que, como todo nuevo período, deberá pasar por una transición cuya duración dependerá, en definitiva, del afianzamiento de los nuevos formatos del empleo, como de los nuevos mecanismos de distribución resultantes. Es decir de la consolidación progresiva de la nueva *configuración social*. Si la crisis actual representa el proceso de digestión de estos impactos, la salida definitiva de la misma será prolongada y para algunas naciones se tragará una generación. De

allí que los gobiernos deberán redoblar sus esfuerzos en educación e inversión en capital humano, los que nunca serán suficientes.

El precursor hallazgo de Solow, de que no era suficiente el capital físico y el trabajo para explicar el crecimiento económico, y que el cambio tecnológico era un determinante esencial, estimuló investigaciones que llevaron a encontrar otras causas del crecimiento.

Theodore W. Schultz, (1960) quien junto a Gary S. Becker (ambos Premios Nobel), emprendieron investigaciones sobre educación formal, aprendizaje y capacitación en el trabajo, salud, fertilidad, familias y migración, que acuñaría como “capital humano” y que mejora las habilidades y el conocimiento

Schultz critica a la mayoría de los economistas de la época que se negaban a considerar la inversión en capital humano como tema de análisis económico, porque la sola idea “es ofensiva para algunos de nosotros”, debido a las creencias y valores que inhiben considerar a los seres humanos como “bienes de capital” o como “riqueza humana”. Se había considerado a la fuerza de trabajo como un costo variable y no, como lo que será cada vez más, una inversión equiparable a un costo fijo.

Romer y Lucas incorporaron a sus modelos, la acumulación de conocimientos y el capital humano respectivamente.

El fondo universal del trabajo colectivo

En los dos puntos anteriores describí a la sociedad que nace a partir de la revolución industrial, en la forma de un modelo que presenta al aumento de la productividad como una fuerza social que tiende a excluir del subsistema de distribución, en un mo-

vimiento cíclico, a una cantidad variable de población. La estadística económica registra a este conjunto variable de población excluida, como desempleo o subempleo.

Las políticas públicas persiguen compensar esa fuerza con medidas anticíclicas o subsidios focalizados en la coyuntura o con el gasto social y la política tributaria en el largo plazo, aplicados prioritariamente a la educación y a la salud. La cohesión social, al depender del sistema de relaciones laborales, está sometida al vaivén de una inestabilidad que la debilita en sus raíces y da origen a la marginalidad con todas sus consecuencias. La especialización que resulta de la división del trabajo, hace que cada empleo represente una contribución al esfuerzo colectivo de la producción, donde la relación entre empleo, producción e ingreso individual es opaca e indirecta. No hay para el trabajador que accede a un empleo, ni visibilidad ni trazabilidad, sobre su contribución marginal social real, sino sólo nominal, expresada dinerariamente en su salario. Es como si el esfuerzo individual que realiza un trabajador en su empleo, teóricamente entrara en un fondo universal del trabajo colectivo y a través de la inextricable red del mercado y de las regulaciones, contribuyera en la producción y, a través de su monetización, en el ingreso que remunera a ese trabajador.

Cuando un ermitaño fabrica una silla para su uso propio, arrancando algunas ramas de un árbol y haciendo unos tientos con el cuero de una comadreja que él mismo caza, su producción es el resultado de un esfuerzo individual, no colectivo. Hay clara trazabilidad entre el trabajo, la producción y la adjudicación del beneficio, y no puede haber duda sobre qué parte del beneficio que se deriva de la producción de esa silla le corresponde.

Cuando esa silla es fabricada en una industria que produce 300 sillas diarias, el trabajador que está empleado en esa industria no sabe qué parte del beneficio le corresponde ni cuál es la contribución real de su empleo a la causa común de la producción. Ni siquiera sabe cómo se hace una silla porque él lo único que

hace es pasar una tabla por una sierra. Lo mismo le sucede al empleado administrativo de esa industria, al vendedor de las sillas, al empleado de la fábrica de sierras y serruchos o al empleado de la compañía eléctrica que proveyó la energía necesaria, etc., etc. La fabricación de esas sillas responde a una función donde intervienen innumerables factores de producción, incluyendo las utilidades del empresario.

La producción, entonces, es el resultado del esfuerzo de un colectivo que recibe los beneficios de esa producción y que se distribuyen entre todos los factores intervinientes a través de un mecanismo de una enorme complejidad, dentro del cual el mercado laboral cumple una función secundaria, cuya importancia depende del régimen más o menos libre, flexible o intervencionista vigente.

El hormiguero humano funciona como un sistema en el que se desenvuelven tantos subsistemas como la imaginación los identifique como útiles a su investigación. A los efectos de esta reflexión hemos identificado un subsistema que es el de la producción y otro que es el de la distribución, con una innecesaria aclaración de Perogrullo:

El proceso de inversión o crecimiento económico, se constituye en el mismo momento que el de la distribución del ingreso.

El primero, a través de su factor de producción estrella, como ha pasado a ser la innovación tecnológica, ha alcanzado un más que aceptable grado de sofisticación y eficiencia en las economías desarrolladas actuales, resolviendo, el inquietante problema del siglo XIX sobre el riesgo de la cantidad insuficiente de bienes y servicios críticos para la humanidad. Esto lo hizo dentro de un sistema de incentivos y tomas de decisión “socialmente objetivo”, como es el sistema de precios.

Es el subsistema de la distribución el que todavía padece de graves insuficiencias tanto analíticas como reales. Funciona en

un sistema de tomas de decisión “socialmente subjetivo”. Algún sujeto social lo impone. Sea éste la dictadura del proletariado, el estado populista o las políticas públicas del sistema capitalista democrático republicano.

En este punto Marx hace una contribución teórica importante, que está en el corazón de su sociología, al sostener que esa distribución no se corresponde con un valor objetivo, socialmente establecido, como lo pretende la economía clásica, sino que se vincula con una valoración subjetiva de la clase dominante que es la burguesía. Si recordamos a Marx, la burguesía, se adueña del discurso, de la moral y de la semiótica que, a su vez, sustentan el orden jurídico y al propio Estado, todos ellos transformados en instrumentos de la burguesía. Los llama superestructura. El marxismo atacó al sistema capitalista, intentando demostrar que, el principio de propiedad en el que se sustenta y está en la esencia de su axiología, es el responsable de sesgar los ingresos de la producción, en contra del trabajo, y a favor del propietario, alejándolo de una distribución sustentada en criterios de valor objetivos establecidos socialmente. Sesgo que se agudiza cuando en la fluctuación de la economía o de los ciclos, el proletario es el primero que queda expuesto a la desocupación en una opción impuesta desde la superestructura.

Mi objetivo en este trabajo no es hacer una crítica de los sistemas socio-políticos, de aquí en más “el sistema”, sino solamente destacar el hecho de cómo el conjunto de los empleos es un “subsistema” que se constituye en el mecanismo de distribución de los beneficios de la producción.

Dejamos, pues, de lado un debate que pertenece a los dos siglos pasados, cuyo único interés es histórico y que hoy hasta los marxistas superaron, a pesar que ante cada nueva crisis renacen con todo su esplendor las más entusiastas expresiones sobre el derrumbe del capitalismo. No obstante, la teoría económica clásica minimiza la dificultad, aunque más no sea conceptual, de establecer los criterios y parámetros de diseño del “subsistema”

de relaciones laborales y empleo, en un marco de división del trabajo que optimice su eficiencia para cumplir con ese objetivo de distribución. Da por sentado que en un mercado de competencia perfecta, ocupación plena y libre movilidad de factores, el interés individual de cada trabajador y de cada empresario llevan de la mano a la óptima contribución marginal de la función de utilidad social.

Los economistas saben que esto no es así, por la simple razón que una de las condiciones para que lo sea es el pleno empleo y la condición de libre movilidad de factores que parte de considerar el trabajo como un factor más, ajustable por cantidad o por precio, del que se puede prescindir como de cualquier otra variable de ajuste que se requiera para asegurar los equilibrios macroeconómicos.

Pleno empleo y libre movilidad de factores son, por lo tanto, sustitutos. No se pueden asegurar simultáneamente

El capitalismo real funciona rodeado de restricciones que modifican esos supuestos teóricos y aun cuando se cumplieran, es la misma función de utilidad social la que presenta dificultades metodológicas casi insalvables para su determinación. La función de utilidad social, es un concepto teórico por cuanto, aun cuando se pudieran medir las preferencias sociales con encuestas para un sistema dado de precios, la crítica marxista lo invalidaría pues pasa por alto la arbitrariedad en la formación del precio del salario.

Siguiendo entonces con el razonamiento, en una sociedad desarrollada y compleja, los individuos que la conforman, cuando eligen un empleo cualquiera, no están en condiciones de hacerse responsables, ni de evaluar, la contribución marginal que ese empleo deriva a la sociedad, ni aun cuando las decisiones se tomen libremente. Lo único que saben es que en el juego de las sillas, éstas son menos que los jugadores y que cuando pare la música si no consiguen sentarse se quedarán fuera del juego. No es cuestión

entonces de respetar los buenos modales y esto afecta la cohesión social por un lado y la eficiencia social por el otro. Las habilidades se orientan a defender la permanencia en el empleo y el ascenso laboral lo que no necesariamente se alinea con el objetivo de la máxima eficiencia social. No es el sistema de precios el incentivo, sino la pérdida del empleo. El sistema de incentivos no está guiado por un criterio socialmente objetivo como podría ser el sistema de precios. Por lo tanto no está unánimemente aceptado, en detrimento de la cohesión social.

La mayor o menor eficiencia de ese subsistema, que es el conjunto de los empleos, **depende de las políticas públicas económicas y sociales que se implementen y no del desempeño individual de los trabajadores dentro de su propio sistema de incentivos, que no es precisamente el sistema de precios en el mercado.** Cuando nos referimos, indistintamente, al subsistema de relaciones laborales, de empleo o de distribución, estamos incluyendo en este concepto a todos los empleos, incluyendo a aquellos que, por su jerarquía dentro de la empresa, toman decisiones empresarias y hasta participan de los dividendos, desempeñándose, a su vez, cada una de estas categorías, dentro de un determinado subsistema de incentivos que les es propio

El capitalismo actual y sus instituciones, intentan conciliar en su interior a los dos primeros subsistemas mencionados: el subsistema laboral y el empresario. Hace jugar para ello, el arbitraje del resto de los subsistemas que funcionan dentro de las reglas de juego de las instituciones y orden jurídico de la democracia republicana, en un proceso histórico, evolutivo y abierto que incluyen la libertad y el derecho de propiedad.

El socialismo no *aggiornado* se adelanta a la conciliación que suponen las reglas del capitalismo, por cuanto supone que en ese sistema se impone el criterio de la burguesía, o sea el del más fuerte, y establece arbitrariamente, a partir de la autoridad que le da su autoconcedida condición de depositario de la moral, las

reglas de la distribución, a través del Estado o de la dictadura del proletariado. Ello implica un avance sobre la libertad y el derecho de propiedad. No obstante, desde cierto marxismo, la llamada Teoría Crítica del Instituto de Investigaciones Sociales de la Escuela de Frankfurt, con exponentes como Horkheimer, Benjamín, Adorno, Schmitt, Habermas y otros, en su largo trayecto de casi ochenta años, y a la luz de la evolución observada por el capitalismo en EEUU y en Alemania y por el fracaso de las experiencias comunistas, llegaron a la conclusión que la mayoría, o por lo menos las más graves denuncias del marxismo al sistema capitalista, habían sido saldadas en la evolución de este último, por lo cual abandonaron la idea de la revolución y adhirieron a los sistemas democrático-republicanos del capitalismo. Se acepta el sistema a pesar de sus imperfecciones, no por méritos propios, sino en función de las alternativas. En esta posición se alinean hoy las centrozquierdas de los países europeos, Chile, Brasil y Uruguay y van entrando como un trencito los países asiáticos.

El conflicto social

Hasta aquí hemos querido demostrar que el subsistema de distribución ha sido y es la causa del conflicto social en la configuración de la revolución industrial. Es un conflicto en las relaciones intrasociales. Conflicto diferente al del Antiguo Régimen, que se planteaba en las relaciones entre la sociedad y el Poder Político. A partir del cambio que se está operando en la *configuración social*, la pérdida de peso relativo del empleo asalariado y el surgimiento de una estructura de empleo atomizada en la gran red, favorece la aparición de un subsistema de distribución más “socialmente objetivo” al estar más cerca del sistema de precios en sus decisiones.

La concientización social progresiva sobre la marginalidad y sus lacras y la formación de capital humano en franco proceso de acumulación y crecimiento, favorecerá el aumento del potencial social para encararlo. Crecerá la preferencia por políticas públicas neutrales en el arbitraje del conflicto intrasocial en la medida que avancen criterios cada vez más socialmente objetivos en el sistema de distribución. Perderán peso los sindicatos.

Una vieja dicotomía histórica

El desempleo no es consecuencia directa e inmediata del neoliberalismo-monetarismo ni del keynesianismo, sino de **la incapacidad histórica e inmanente del sistema para crear suficiente empleo**. Esta es quizás la más relevante imperfección del sistema, aceptada. La teoría del cuchillo afilado no es otra cosa que el principio del desgaste de las teorías o instrumentos que hay que sustituir o renovar cuando esto sucede. El avance debería realizarse por el método de la contradicción inteligente, bien lejos del ruido de la lucha política. En este sentido, habiendo dejado atrás la vieja dicotomía de izquierdas y derechas, o de socialismo o capitalismo, referidas a los dos sistemas del mundo bipolar, representados, por un lado, por los países capitalistas occidentales desarrollados, y, por el otro, la experiencia socialista que se venía desarrollando en la URSS, reaparece esa dicotomía en forma larvada en los pliegues de un debate, no suficientemente explicitado, que surge en relación a la actual crisis, pero que también estuvo permanentemente presente en el trasfondo del debate en cada uno de los ciclos largos⁷ de la economía capitalista. Esquemáticamente, es el debate entre los que defendieron las regulaciones proteccionistas o los librecambistas; entre la heterodoxia y la ortodoxia;

⁷ El ciclo largo de 40 a 60 años estudiado por el economista ruso Kondratiev.

entre el keynesianismo y el monetarismo-neoliberal, como las distintas formas de referenciar la dicotomía según las épocas.

Pero cuando más se degrada el debate es cuando se lo plantea como si determinadas concepciones económicas fueran las que han tomado la opción por los pobres⁸, dejando implícito que los defensores de la otra concepción han tomado la opción contraria a los pobres. Como veremos, no es la opción por los pobres la que divide las concepciones económicas y su adopción, sino la realidad misma cuando una de ellas no ha podido sostener, a mediano o largo plazo, un alto empleo estructural o un alto nivel salarial que, en definitiva, es la contraparte de la pobreza.

La ciencia económica moderna empezó en el siglo XVIII con la crítica liberal del proteccionismo, que se expresaba en el mercantilismo. Desde entonces, los economistas se dividen entre liberales y proteccionistas. Cada corriente ha dominado algún periodo, dependiendo de que las viejas teorías recuperaran su vigor y aplicabilidad para influir en un nuevo impulso del capitalismo. Así sucedió en los últimos veinticinco años cuando el antiguo liberalismo, ahora nuevo o neoliberalismo, fue adoptado por los gobernantes y por los economistas. En el sentido inverso había sucedido al fin de la segunda guerra, cuando se descartó al liberalismo clásico decimonónico, para dar prioridad al keynesianismo, una política relativamente proteccionista e intervencionista por parte del Estado.

Tanto el viejo como el nuevo liberalismo económico observan la orientación monetarista. Los liberales han asumido, en la lucha contra los aumentos de precios del siglo XIX y la inflación moderna, una política de disminución del ritmo de crecimiento de la oferta monetaria: la teoría cuantitativa del dinero. Vale la pena recordar que la inflación es el enemigo número uno de la lucha contra la pobreza. Es el impuesto que pagan los pobres y deprime el salario.

⁸ Se toma, de manera inapropiada y demagógica, un concepto doctrinario de la Iglesia Católica mucho más vinculado con la teología que con la ciencia económica.

De esta corriente neoliberal se desprende, todavía sin suficiente fuerza en los organismos multilaterales ni en el *mainstream* de la *intelligentzia* neoliberal, a su vez, una nueva línea, que observa que no es suficiente con regular la cantidad de dinero, sino que se hace necesario, además, asignar correctamente la distribución de la oferta de dinero entre el sector privado y el Gobierno. Esto lleva necesariamente a una reforma estructural de la economía y del Estado tendiente a mejorar su eficiencia. La mala asignación de este recurso ha llevado, por un lado, a disminuir la productividad de la economía en su conjunto con el sobrepeso de un Estado grande e ineficiente. Por el otro a ahogar al sector más eficiente de la economía, como lo es el sector privado, al elevar la tasa de interés y a reducir el crédito disponible para el mismo (*crowding out*) al reasignarlo a favor del Estado. En esta materia Nueva Zelanda representó el buen ejemplo al emprender una profunda reforma de su Estado y la Argentina el malo, al haber abandonado, a mitad de camino, el programa de reformas de la década del 90.

Por otro lado, los intervencionistas de tipo keynesiano han utilizado la política fiscal, para reemplazar a la iniciativa privada en sus decisiones de invertir y consumir, despreciando la utilidad de la política monetaria e intentando conducir o regular la mano invisible.

Pero lo que muestra la historia es que, cada tanto, surge la necesidad de la reforma del sistema para desarrollarlo sobre nuevas bases, forzados por la realidad. En pocos años la heterodoxia se convierte en política gubernamental, que con el tiempo agotaría su utilidad y funcionalidad, para ser sustituida por viejas ideas en nuevas condiciones. Como dijimos más arriba, la espiral de las ideas y de las políticas continúa su incesante curso. La realidad específica, es la que determina su reaparición. El debate continúa⁹.

⁹ En este debate también participa Marx, que en algún momento y por circunstancias específicas se declaró partidario del librecurso inglés en la mitad del siglo XIX; él mismo, en su trabajo detallado del dinero, manifestó coincidencia con la posición cuantitativista, con respecto al

i) El fracaso del keynesianismo

La realidad con la que chocó el ensayo keynesiano que inició la onda larga después de la segunda guerra fue la inflación, que había sido planteada como solución y terminó siendo el problema. Keynes había propuesto estimular la inflación para deprimir los salarios reales y favorecer la inversión productiva.

El capitalismo de los 50 y 60 pudo asimilar a la mayoría de los trabajadores en los países industrializados, hasta lograr pleno empleo al estilo keynesiano y a una tasa de desempleo suficientemente baja para presionar los salarios al alza. Sin embargo, cuando el desempleo es menor que el que permite regular los salarios y éstos se empiezan a elevar, junto al mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores disminuye la productividad del trabajo, perjudicando las ganancias empresariales hasta desalentar la inversión productiva. Es cuando se reingresa en el tramo recesivo del ciclo de negocios. Fue así que en medio del periodo de mayor crecimiento económico y prosperidad social del capitalismo mundial y, particularmente, de Estados Unidos, aparecieron los primeros signos de crisis. Se percibió en la mitad de la década de los sesenta. El largo periodo de desarrollo de las fuerzas productivas estaba a punto de agotarse. La relativa estabilidad del sistema monetario internacional, sostenido sobre principios establecidos al término del conflicto bélico y, sobre todo, por la estabilidad y crecimiento del capitalismo, empezaría a romperse hasta convertirse en una verdadera crisis monetaria mundial. La inflación y la inestabilidad provocarían mayor crisis y desempleo, que se retroalimentaría, hasta llegar a la adopción de medidas efectivas para solucionarla.

La década de los setenta es la crisis abierta y generalizada. Con excepción de Japón y otros países asiáticos, los demás países

sistema de papel moneda. Un autor del cual, parecería natural su no adhesión al librecambio y al monetarismo, porque ambas corrientes, en nuestros días y en nuestros ámbitos, son catalogadas como derechistas.

capitalistas desarrollados occidentales entrarían en una onda larga depresiva. Un nuevo fenómeno, la crisis productiva con inflación (*stagflation*), parecía irresoluble, porque las medidas tradicionales de política económica keynesiana provocaban mayor inflación con mayor desempleo. Se había terminado el tiempo de la sintonía fina.

La economía de Estados Unidos cae en un largo proceso de crisis de productividad que no será superado sino dos décadas después. Estados Unidos pierde competitividad internacional, es amenazado fuertemente por Japón, se empieza a desindustrializar, la inflación mantuvo una tendencia ascendente hasta principios de los ochenta, el déficit fiscal fue reactivo a disminuir y la tasa de desempleo se duplicó. En ese periodo se presenta la crisis del sistema monetario internacional, la devaluación y flotación del dólar; por tanto la crisis del sistema de Bretton Woods y la adopción generalizada del tipo de cambio flotante. Contrariamente a la crisis del sistema monetario internacional –basado en la libra esterlina y en el patrón oro de los años treinta, en que los países devaluaban sus monedas como un medio para salir de la deflación y la depresión económica, ahora la devaluación era consecuencia inmediata de presiones inflacionarias que enseguida llevaría a la erosión del nivel salarial, recesiones y desempleo. En 1973 se presenta la primera alza del precio del petróleo. Para algunos analistas fue la respuesta política de la OPEP al deterioro del negocio petrolero en el ambiente recesivo e inflacionario (*stagflation*) que presentaba el capitalismo, arrastrando hacia el desempleo o el retraso salarial. Un poco después se presentaría la recesión generalizada 1974-75, crisis no vista desde la Gran Depresión. Se anticipaba el fin de la onda larga expansiva y el fin del fordismo. Se presagiaba, esta vez como inevitable, el fin del capitalismo, anunciado repetidas veces desde la irrupción del marxismo a mediados del siglo XIX¹⁰.

¹⁰ Rodríguez Vargas - *La Nueva Fase del Capitalismo Global*.

Las teorías sirven mientras se mantienen las causas que dieron origen a determinado fenómeno económico, como fue en la posguerra. No más. Es la utilidad de las teorías y de las políticas económicas en tiempos de crisis. En el corto plazo se resolvía el problema fundamental del paro. Pero, irremediablemente en el correr de la onda larga se agudizaba la inflación y el desempleo.

ii) Vuelven las viejas ideas

Los gobernantes coincidieron con los marxistas en que la crisis no era coyuntural sino estructural, y, por tanto, en la segunda mitad de los setenta se decidió atacar a la inflación hasta domesticarla, modificando la relación del Estado con el mercado y, posteriormente, resolver las causas básicas que trababan el funcionamiento a largo plazo. Se aplicó el monetarismo. Lo fundamental de esta teoría es que la cantidad de dinero es el determinante de la inflación, y ésta, causa de la crisis y el desempleo. Por tanto se adoptó y asumió durante más de dos décadas una ideología antiinflacionaria. La convertibilidad, en nuestro país, fue un caso particular de monetarismo con tipo de cambio fijo, donde la cantidad de dinero se autoregulaba a través del instrumento de la libre convertibilidad de la base en reservas, lo que requería mantener un nivel de las mismas suficientes como para comprar, de ser necesario, toda la base en moneda local. De esta manera se neutralizaba el efecto de la brusca caída de la demanda de dinero local, factor clave de la hiperinflación.

Si alguna teoría económica fue la causante de la crisis de los setenta y ochenta, para algunos la crisis terminal del capitalismo, esa teoría fue el keynesianismo. “Tanta inflación como lo requiera mantener el nivel de actividad” decía Grinspun, ministro de Economía de Alfonsín. No se le puede atribuir al monetarismo ni al neoliberalismo la crisis inflacionaria, en nuestro caso la hiperinfla-

ción, con recesión y alto desempleo, al contrario fueron éstas las que entraron a rescatarlo.

Los organismos multilaterales internacionales asumieron más y mayores responsabilidades mundiales, salieron de un cómodo letargo y se enfrentaron a problemas para los cuales no estaban preparados. La incapacidad de dichas instituciones obligó a la coordinación de los principales países industrializados (G7), para enfrentar la crisis. Se decidió, finalmente, tomar medidas firmes para acabar con el principal problema del capitalismo de la década de los setenta, la inflación, el deterioro del nivel salarial y el desempleo. El objetivo fue atacarla con mecanismos monetarios y fiscales a corto plazo. Posteriormente, se percibió que la inflación y los desequilibrios mundiales eran expresiones del agotamiento de estructuras económicas y sociales.

iii) Reformas estructurales de los 80

Durante los ochenta se inician las principales reformas estructurales que habrían de arrojar resultados una década después. Se modificaría la forma de producir, la forma de dirigir y de distribuir el ingreso. Es el momento de las privatizaciones de las grandes empresas de servicios públicos. En dos décadas de privatización, 1982-2002, se privatizaron empresas en el mundo por un total de un trillón (billón) de dólares, de las cuales el 80 por ciento correspondió a países de la OCDE; en términos relativos el gobierno de Italia recibió recursos, por la privatización, del 10 por ciento de su PBI, Francia el seis por ciento, Reino Unido el cuatro por ciento, Canadá el 2.5 por ciento, Japón el uno por ciento, Estados Unidos menos del uno por ciento. Las principales áreas privatizadas fueron los servicios públicos, empresas del sector manufacturero, financiero, transportes y telecomunicaciones. Al final de una primera fase del proceso reestructurador capitalista, en la década de los noventa, la inflación ya no representaba peligro alguno, el

Estado y la sociedad habían cambiado, las relaciones de fuerza se habían inclinado a la economía de mercado, había caído el muro de Berlín y el socialismo había desaparecido. Los países luchaban por transitar rápidamente al campo capitalista.

Antes que los países de Europa Central y Oriental y la Unión Soviética entraran en descomposición y emprendieran la transición a la economía de mercado, China el coloso del comunismo, había empezado reformas graduales –desde fines de los setenta– que transformó en dos décadas a una sociedad fundamentalmente comunista, agraria y autárquica en una sociedad híbrida: un Estado comunista impulsando un sector capitalista moderno y transnacionalizado, altamente productivo y exportador de mercancías. Con un proceso de reforma diferente –gradual y con un Estado no capitalista– China es otro ejemplo de exitoso país en transición. Por lo pronto, es una nueva situación para los 500 millones de chinos que viven en la costa del inmenso país. La masiva incorporación de enormes contingentes humanos provenientes de debajo de la línea de pobreza a la clase media, por lo tanto al consumo, fue, para la mayoría de los economistas, la causa eficiente de la disparada de los precios de los commodities agropecuarios. Esta situación fue inteligentemente aprovechada por los gobiernos de centro izquierda de Brasil, Chile y Uruguay para transformar sus economías y desaprovechada por la Argentina que a partir del 2007 retomó el crecimiento del desempleo y va camino a una crisis de insolvencia fiscal. Una demostración más del asincronismo argentino como causa (o reflejo) de su decadencia.

La situación de los países ex-socialistas ya no es ninguna novedad; simplemente son países que se incorporaron al campo capitalista y es normal su existencia, incluso los más avanzados son considerados como “mercados emergentes”, es decir, con condiciones capitalistas en sus mercados de valores y sus sistemas financieros para la entrada y salida de capitales extranjeros. Existe una Nueva Economía en esos países, cuya aparición y desarrollo coin-

cide con la “nueva economía” de Estados Unidos; ambos procesos reflejan el cambio cualitativo en las relaciones sociales y productivas. Paradójicamente la onda larga de la década de los cuarenta se desarrolló impetuosamente sin la participación en el mercado mundial de los países que se integraron al campo soviético (incluyendo China); pero ahora, la nueva onda larga expansiva se retroalimentará de dos docenas de países que regresan al capitalismo.

Los nuevos países capitalistas representan fuerza de trabajo desarrollada, emigración legal a la Unión Europea, incremento del ejército industrial de reserva, competencia y disciplina entre los trabajadores, menores salarios, nuevos campos para la inversión de capital, recursos naturales accesibles, producción de mercancías baratas –mayor competencia–, ampliación del mercado, mayor tasa de ganancia, de acumulación y crecimiento.

El bloque ex soviético es para la Unión Europea lo que China es para Estados Unidos: campo favorable de inversión, de producción y mercado capitalista. Es una situación de mejores posibilidades para las economías avanzadas que las precedentes ondas largas ascendentes. Las “nuevas economías” propulsan la economía mundial y la globalización actual.

La revolución tecnológica en marcha desde los setenta empezaba a desplegarse en los noventa. Las condiciones que dieron origen a la crisis productiva y a los desequilibrios monetarios y financieros durante dos décadas se habían superado en gran parte. Las llamadas reformas estructurales, que se llevaron a cabo, crearon nuevas condiciones.

“La situación descrita anteriormente –durante los setenta y ochenta– era para los marxistas la crisis del imperialismo, la crisis del modo de producción y de las relaciones sociales capitalistas, también la crisis del Estado burgués, y no era una simple crisis cíclica como los teóricos burgueses solían diagnosticar. Ahora sí, la recesión de mitad de los setenta era prueba de la crisis del

capitalismo de Estados Unidos pero también de Europa, porque era generalizada y casi simultánea. La expresión más acabada de la crisis era el nuevo fenómeno, inexplicable por la teoría económica convencional, la estanflación: no había manera de acabar con el nuevo azote de la clase obrera, producto sólo del capitalismo. La segunda recesión generalizada y también simultánea fue a principios de los ochenta, más grave aún que la anterior, y por tanto la más grave desde la gran depresión. Se confirmaba el análisis marxista de la incapacidad del sistema. Se demostraba que el capitalismo se encontraba casi sin salida, para otros teóricos, sin salida.. Se coincidía en que era la crisis más profunda, la más grave de la historia del capitalismo. La crisis no era coyuntural o cíclica, sino de larga duración, era una crisis estructural; o sea la descomposición histórica del sistema capitalista. Se concretaba la decadencia del imperialismo, preanunciada por Lenin y Trotsky”

La segunda gran crisis

En los últimos siete u ocho años previos a la crisis del 2008, mientras el PBI mundial crecía a una tasa sostenida del 5% acumulativa anual, nunca vista, la liquidez lo hacía a una tasa casi del doble. Por otra parte la productividad en EEUU también crecía hasta ubicarse al tope internacional. El Asia se abría masivamente al mundo desde un par de décadas anteriores, integrándose a los circuitos internacionales del dinero y del comercio del mundo avanzado. Es como si en un proceso retroalimentado por la liquidez internacional, todas las decisiones de innovación tecnológica, productividad, consumo, urbanización y crecimiento económico estuvieran siendo succionadas hacia arriba como por un tornado.

El fenómeno de la urbanización en el Asia, particularmente en China, se manifestaba como una explosión. En EEUU se pro-

ducía también una reorientación en la localización de las áreas suburbanas con una densidad sorprendente de nuevos agrupamientos edilicios llenos de centros de investigación en cualquier cosa, llamativamente en línea con la trilogía del Silicon Valley, la burbuja de las tecnológicas y el derrumbe del NASDAQ. El mundo postfordista se desplegaba a una velocidad imprevista

El disparador de la actual crisis fue la entrada en insolvencia de algunos bancos de inversión como el Bearn Sterns, o la aseguradora AIG y los bancos de segundo piso como el Fannie Mae y el Freddie Mac y por último la caída del gigante Lehman Brothers. Pero la causa eficiente fue la burbuja inmobiliaria que estimuló la toma de un plus de crédito otorgado contra ese aumento del valor de las propiedades con segundas hipotecas conocidas como *sub prime*, utilizadas por sus tomadores para consumo. El exceso de liquidez y las bajas tasas de interés del período incentivaron a los bancos, a través de sus productores, a vender esos créditos. Las carteras de crédito así obtenidas fueron securitizadas y vendidas, o colocadas en forma apalancada en inversiones en bancos de segundo piso. La posterior baja del precio de las propiedades descalzó los créditos bancarios de sus garantías *sub prime* y todo el edificio de papeles montado sobre ellas comenzó a desmoronarse.

En esta compleja cadena de decisiones particulares, de difícil deslinde causal, no cabe una crítica indiscriminada. Es muy difícil, en el inicio de estos procesos de cambio en los precios relativos, en este caso el de las propiedades, saber si el mismo responde a la formación de una burbuja o si se trata de la recuperación de un precio relativo atrasado. Es fácil saberlo con el diario del lunes.

El capitalismo es precisamente eso. Creación de riqueza presente con una apuesta al futuro. Por eso que es tan difícil una economía sin crisis. Ello implicaría una economía sin innovación y esto a su vez se traduciría en una economía sin crecimiento y a renunciar a la eliminación de la pobreza.

Lo anterior lleva a una conclusión que a mi juicio es fundamental. No se trata tanto de prever, anticipar o eliminar las causas de la crisis, tarea de cumplimiento casi imposible, y muchas de las cuales son valiosas para el progreso material de los hombres, sino de desarrollar los mecanismos adecuados para conjurarla una vez desencadenada. Con cada crisis que se supera más aprende el sistema capitalista respecto de estos mecanismos, que no sólo deben ser profilácticos, sino fundamentalmente terapéuticos.

Destaco el riesgo que representa la proliferación de interpretaciones morales sobre la crisis. Desde las aparentemente más inofensivas provenientes de las religiones, hasta las más agresivas provenientes del socialismo antisistema o del fundamentalismo islámico que le asigna al sistema el grado de satánico, por lo que queda habilitado moralmente para su destrucción física a través del terrorismo indiscriminado

Cuando desde la cultura tradicional se habla, con satisfacción, de cambio de paradigma, refiriéndose a la supuesta caída del capitalismo, no se advierte que es precisamente el capitalismo el que representa el nuevo paradigma que aún no se ha incorporado a la cultura. Ésta se siente más cómoda con los valores del socialismo porque se parecen más a los valores tradicionales, con la diferencia que el socialismo se subió gratis al valor del progreso de las sociedades humanas como si éste no tuviera nada que ver con el capitalismo, como si aquél y la riqueza que genera formara parte de la naturaleza de las cosas.

Esta reflexión apunta, en forma crítica, a entender la influencia que tiene en amplios sectores una sesgada interpretación moral de la crisis, alineada en este tema con el fundamentalismo islámico militante en la causa anticapitalista y principal fuente de la violencia terrorista en el mundo, configurando, esa sí, una crisis con raíces inmorales, de consecuencias mucho más devastadoras para la humanidad que la crisis financiera actual.

La crisis actual descubre el velo de la profunda confusión ideológica que subyace en la apreciación generalizada, tan común en estos días, que la crisis representa la caída del paradigma del liberalismo, infectado de codicia, para ser reemplazado por el socialismo que, a través de la intervención del Estado, restaura la generosidad.

Convergencias y aportes en el ataque a la pobreza

El cúmulo de *papers*, investigaciones y nuevas visiones que han surgido en los últimos treinta años muestran convergencias respecto a lo que la sociedad global pos industrial debería hacer para mejorar sus performances sociales, sobre todo a favor de aspectos tan sensibles como el empleo, la pobreza y la marginalidad, tan íntimamente vinculados, tanto de los sectores de excluidos en los países avanzados, como en los países periféricos donde esos problemas no son marginales sino que comprenden a sectores amplios y generalizados dentro de su sociedad.

Todos confluyen a una construcción sustentada en tres grandes columnas:

- i) Los que se refieren a la **incorporación de la tecnología**. Los nombres más destacados: Solow, Bresnahan, Trajtenberg (1992), Helpman, los evolucionistas llamados a sí mismos como neo schumpeterianos.
- ii) Los que se refieren a la educación, la salud y todo lo relativo a la inversión en **capital humano**. Entre ellos: Schultz (1960), Becker (1992), Romer, Lucas, Murphy, Tamura (1990).
- iii) Los que se refieren al **institucionalismo** y a la estabilidad de las reglas de juego, la seguridad jurídica, y el derecho

de propiedad. Douglas North, Premio Nobel de Economía en 1993, ha renovado la investigación sobre el papel de las instituciones y considera que ellas constituyen la base del “proceso dinámico del desarrollo económico”. Robert Barro en 1990, el peruano Hernando de Soto, en el afianzamiento de títulos de propiedad de los sectores marginados.

Pero además de los problemas sociales, entendidos a través del estudio de sus performances económico-sociales, surgen problemas derivados de la tecnología que afectan las relaciones familiares, sin desconocer las íntimas imbricaciones que existen entre ambas dimensiones. En efecto, en las clases sociales medias y altas, los problemas se presentan no como cuestiones sociales a resolver, sino como cambios profundos en las relaciones familiares a entender. Sin este paso previo del diagnóstico y la comprensión, se dificulta enormemente la cuestión básica de la educación.

Planteo sólo a título de ejemplo el impacto del internet en la relaciones sociales entre adolescentes, donde la interconexión a la red les permite a los mismos saltar barreras o frenos tradicionalmente impuestos dentro de la estructura familiar entre padres e hijos en tema tales como el acceso a la pornografía y a la prostitución, por ejemplo.

Es la primera vez que sucede que los hijos dominan nuevas tecnologías antes que los padres, se convierten en sus maestros y se liberan anticipadamente. Se rompe el paradigma infantil y de la pubertad sobre la superioridad del padre en todos los frentes. Una verdadera revolución de la educación en ciernes.

Para finalizar, una digresión inevitable. ¿No observamos similitud de estos tres pilares con aquellos otros que en la segunda mitad del siglo XIX obsesionaron a Alberdi, Urquiza, Sarmiento, Mitre, Roca: los ferrocarriles, que representaron el **salto tecnológico** de la época; la educación y la inmigración como indiscutibles

formadores de nuestro **capital humano**; y la Constitución, padre y madre de nuestra **institucionalidad**?

Todo lo anterior dentro de una estrategia de apertura al mundo, es decir globalización, aun antes que Estados Unidos dejara de ser proteccionista.

Fue la fórmula del milagro argentino, cien años antes que la de los milagros económicos europeos de posguerra. Cuando la Argentina era vista como una gran potencia futura en el mundo. Cuánta pobreza y miserias nos hubiéramos ahorrado. Cuántas generaciones perdidas hubiéramos evitado.

Como vemos, no todas son rosas en el jardín de la tecnología y del progreso y no todo son espinas en el pronóstico de la salida de nuestra decadencia.

Como donde hubo fuego cenizas quedan, se trata entonces de reavivar nuestra memoria colectiva con la lectura apropiada de nuestra historia, cosa que debería comenzar en la EDUCACIÓN, olvidando la larga noche de desencuentros en la que entramos hace sesenta y cinco años.

Esto es una tarea eminentemente política.